



COMO ESCRIBO UNA NOVELA.¹

Silvia Molina.

Para Salvador Millán.

Hace poco más de un mes, cuando fue el aniversario número 25 del Instituto Mexicano de Psicoanálisis, escuché al doctor Aniceto Aramóni decir que la creación salva al hombre de la neurosis. Nunca lo había pensado; puede ser cierto: se pasa uno tanto tiempo sumido en el proceso de aprender el mundo y de transformarlo... quizá eso, la posibilidad de transformar la realidad es algo que ayuda a vivir, y de paso a realizarse. No sé. Porque uno al escribir no se detiene en esto, como tampoco en las reglas de la sintaxis. Uno no dice es "sano" escribir ni esto es el sujeto, el verbo, el complemento. Uno escribe, porque escribir en una manera de ser.

Una noche, después del entrenamiento de mi hija Claudia, gimnasta de trece años, le pregunté:

- Cuando entras a la viga de equilibrio para hacer tu rutina, ¿qué piensas?

- Nada. Hago la rutina. No pienso ahorita va un giro y luego un arco-flit y luego rueda de carro, redondilla, mortal; sólo busco la mejor salida.

Yo creo que así pasa con el oficio de escritor: al ir escribiendo uno va preparando lo mejor que puede la salida: la

¹ Trabajo leído en el auditorio del IMPAC el 14 de Abril de 1988.



86

novela, el cuento, el poema. Sin embargo, el proceso de la escritura es complicado. Incluso ahora que ya tengo cierto oficio, desconozco cómo es con exactitud el hilo de la creación. Cada trabajo tiene su encanto, su reto. He descubierto coincidencias aunque por lo general son inconscientes; hasta después me doy cuenta y digo: ¡otra vez el mismo tema! aunque la historia no tenga nada que ver con las anteriores. Hay otra cosa, cuando uno escribe, todo lo demás se va dando con menos dificultad, incluso las relaciones amorosas, porque uno se siente contento. O tal vez sea al contrario, si las relaciones amorosas marchan bien, uno tiene más vuelo, mejor aliento.

Cuando estaba en la preparatoria sentí por primera vez ese deseo impostergable de escribir, de escribir en lugar de ir a la fiesta donde encontraría a todo el mundo, en vez de salir a tomar un café con las amigas, de ver una película con el galán. La escritura es un acto solidario; pero además, un acto que no se puede aplazar, dejar para mañana, para el ratito, porque es muy celosa, se va si uno no le hace caso.

Cuando estaba en la prepa, decía, empezó en mí ese misterio. Lo primero que sentí fue un impulso, una inquietud, un desasosiego, un no estar a gusto conmigo misma. Me lo había provocado una lectura; siempre lo he reconocido: José Agustín, aunque no estemos en nada emparentados. Simplemente porque me habló de cosas cercanas. Entonces, comencé a quererle dar salida a mi historia, a la que traía adentro, a la que me parecía importante porque no me dejaba en paz. Así, todas las tardes



después de comer y antes de tareas, dentistas, cafés, llamadas telefónicas, me sentaba a escribir en una maquina verde Continental, portátil, de esas de antes. Todavía la tengo porque me gusta su letra chiquita, discreta, delicada. En aquella novela, 120 cuartillas que terminaron en la basura, me entrené por primera vez en dos cosas fundamentales: la disciplina y la paciencia. "¿Cómo escribiste todo esto?", me decían. Contestaba feliz: "Un poquito todos los días". Eso fue en 1967. Después mi vida comenzó a cambiar: de la prepa, a la escuela de antropología, de allí al campo, de la ciudad de México a Inglaterra, de Inglaterra otra vez a México... derecho a un despacho de abogados de secretaría, mientras encotraba qué hacer y mientras me daban mis clases de español para extranjeros en Lancer de México donde había trabajado antes de irme. Llegaba al despacho a leer porque no se paraban ni las moscas en él. Hasta que un día me llamó "El Licenciado". Tenía a sus primeros clientes en su oficina. "Silvia, tome este dictado". Y se soitó. Mientras hablaba y hablaba anoté en la libretita los títulos de los libros que iba a comprar y lo que me había impresionado Morirás lejos de José Emilio Pacheco.

Pensamientos sueltos, desordenados. Cuando el licenciado terminó salí a mi lugar y lo llamé por la extensión: "No sé taquigrafía. Mejor busca una secretaria que sepa". Me fui a Lancer... y entré a un taller buscando a José Agustín a quien nunca encontré.



Ya en el taller, después de hacer muchos intentos fallidos de cuentos bien "pensados", bien "razonados", volví a sentir esa necesidad de encerrarme a escribir lo que me rondaba en la mente noche y día; lo que se me había metido adentro y de verdad estaba luchando por salir. A diferencia de los cuentos que se me caían de pensados, eso que escribía tenía su punto de partida en la realidad, como aquella otra novela que había hecho en la prepa. Comencé a escribir todas las noches, durante un año, *La mañana debe seguir gris*. Era el año de 1976 y estaba contando una historia lejana en el tiempo ya; lo que me permitía jugar, transformarla, volver a vivir un Londres que me había templado, un amor que no había sido dichoso. En el papel, yo podía ordenar mi historia, hacer que las cosas sucedieran como yo lo iba planeando, darle a los personajes secundarios un carácter, una personalidad: Mr. Wolpert era el conserje de la International House; Andrew Rogers, mi maestro de inglés... inventar un Londres plácido, una historia de amor que me hubiera gustado, me exigía todo mi tiempo: mientras preparaba el huevito revuelto de Silvia Verónica y la botella de Claudia, mientras las dormía, las bañaba, iba al super; mientras esperaba que Claudio llegara de la oficina o nos acompañábamos a cenar.

Para estar segura de que iba serle fiel a Londres, por ejemplo, tenía junto a mí una Guía completísima que daba información sobre todo: el metro, los restaurantes, la comida, los suburbios, las costumbres, los monumentos históricos... y sin darme mucha cuenta, tal vez, me divertí y sufría, jugaba a



meterme en la vida de la gente, a pasearme por ciertos lugares, a sentirme amada. Luego fui a la Hemeroteca a ver qué había sucedido en ese tiempo; tomaba nota de las cosas raras o chistosas o terribles sólo para hacer más verosímil lo que estaba reordenando, reacomodando en el papel, recontándome. Viví un año completo el enamoramiento ese de escribir. Porque es igualito a estar enamorado: la emoción, la zozobra, la angustia, el querer estar todo el tiempo con el otro, el pensarlo cuando está distante...

Luego llegaron dos años terribles. El silencio. No hacía más que preguntarme si de verdad era escritora, si iba a volver a escribir. Y izaz! una tarde, reacomodando la biblioteca que fue de mi padre, me inquietó la lectura de un reglamento; el de una casa de beneficencia a principios de siglo en Campeche. No me di cuenta cómo pero la curiosidad fue creciendo y me volví a llenar de papeles a mi alrededor, subrayando esto y aquello. Creo que también la curiosidad es importante, uno quiere saber más y luego más, y luego más. Buscaba textos que me hablaran de aquella época en la península de Yucatán, y una lectura me llevaba a otra y así me sentía atrapada, ocupada... hice un viaje a la ciudad de Campeche para otra cosa y sentada en un parque del barrio de San Román frente a la casa de la abuela se desató la historia: el niño huérfano de San Román no era otro que yo misma. Y el juego comenzó. También me parece esencial subrayar la palabra juego. Si los personajes eran ficticios qué importaba, tenían su modelo en la realidad: el director de la casa de beneficencia, Juan



90

Bustillo Oro, el director de cine, mi amigo por años a quien oía con admiración cada viernes contarme su vida y su trabajo y el gran amor por su mujer. La matrona era mi abuela materna, el capellán, el padre Eugenio Maurer que iba a Tepexpan, un pueblito del estado de México donde crecí, a oficiarme misa a las hermanas de la caridad... la loca Consuelo era Consuelo una sordomudita, prima hermana de mi papá a quien sus parientes y el tiempo fregaron.. y así, me pasaba observando detalles: cómo caminaba Juan, cómo sonreía entusiasmado al entregarme un capítulo de su Vida Cinematográfica... Buscaba que mis lecturas tuvieran que ver con el trabajo de mi novela, que no se viera tan mal si declinaba la invitación a la cena, a la fiesta. Mis amigas me hablaban molestas: se te olvidó la boda de Valentina, el cumpleaños de Cristeta, la cena de Angeles. Todo se me olvidaba, de verdad: las despedidas, los cumpleaños..., sólo esperaba los miércoles porque ese día veía a Juan Ruifo y Salvador Elizondo, a don Francisco Monterde, Elsa Cross, Nacho Solares y Gabriela Rábago Palafox en el Centro Mexicano de Escritores que me había dado una beca (1979-1980) para escribir la novela.

Y luego, otra vez el silencio, un silencio muy largo, disimulado un poco por un libro de cuentos y una tesis de licenciatura que, la verdad, no me tranquilizaban. ¿No iba a escribir otra novela nunca?

En realidad había algo que me llamaba la atención. Había intentado contar la historia de ese general que estuvo un año en el sótano de su casa. Pero cada vez me enfrentaba a la verdad:



¿cómo? Una cosa era conocer la anécdota; y otra, escribirla dentro de la Historia, darle un marco, un escenario como el que había montado para Ascensión Tun y darle también un narrador. No podía escribir, tenía miedo, en el fondo tal vez porque había muchas cosas en mí que no estaban resueltas, que no entendía, que no quería ver aunque adivinaba. Me hacía falta la experiencia del análisis, tratar de ir a fondo. Llegó el momento de no poder aplazar más las cosas y me senté a ordenar mis lecturas: qué fue la Revolución; quiénes, los revolucionarios; qué, el serranismo, cómo, Sonora... mientras iba buscando el escenario, otra vez llegó el juego de hacer de los personajes algo creíble, verosímil. A transformar la realidad nuevamente: el punto de partida del general, Manuel, Jesús y Juan Celis, Gilberto Limón... el periodista, bueno, pa'que digo, la mamá, la tía Carmen... la abuela, el papá... era gente que estaba o estuvo cerca de mí en alguna época. Saqué mis diarios que para todo sirven, los recortes de periódico que dan una ayudadita, visité tías, tíos, archivos, me metí a una casa de Paseo de la Reforma allí debía vivir el general. Y otra vez a sumirme durante meses nada más en la novela, a centrar todos mis esfuerzos en ella, en dejarla salir.

Así es más o menos como hago una novela, sin ninguna fórmula, sin ninguna receta ordenada, sólo un impulso, una carrera difícil de detener.